

Fenomenología de lo bello y redención de lo feo

Juan Carlos Riofrío Martínez-Villalba *

Resumen: El presente artículo examina, desde una perspectiva fenomenológica, cuáles son los efectos causados por la belleza y por lo feo, e hipotiza cómo liberarse de lo feo. Siendo imposible abordar los efectos de aquello que se desconoce absolutamente, en el Capítulo I se procura definir qué es la belleza y cuáles son sus perfiles más característicos, siguiendo en este camino a los clásicos griegos y a algunos otros autores posteriores. El Capítulo II se adentra ya en la captación de lo bello y en los efectos que acaecen a quien contempla lo bello. Para ello hacemos un paralelo con los seis "efectos del amor" desarrollados por Tomás de Aquino en la Suma Teológica, que transformamos en los seis "efectos de lo bello". Además se añaden tres efectos tratados por los griegos y los modernos: la catarsis, la epifanía y el placer. En contraposición con lo visto, el Capítulo III trata de la noción opuesta, señala cuáles son los perfiles de lo feo y cuáles son sus efectos. En este punto ya podemos afrontar el problema de la liberación de las fealdades. Al final se concluye que sólo la Belleza puede redimirnos de lo feo.

Palabras clave: Belleza, Pasiones, Unidad, Trascendentales, Tomás de Aquino

Abstract: From a phenomenological perspective, this paper discusses the effects caused by the beauty and the ugly, and hypothesizes how to get rid of the ugly. Due to the impossibility of addressing the effects of something that is absolutely unknown, Chapter I intends to define what beauty is and what its distinctive profiles are. Chapter II enters into the apprehension of beauty and in the effects that occur to those who contemplate it. In order to do so, we draw a parallel between the six "effects of love" developed by Aquinas, transforming them into the six "effects of beauty". In addition, we add three effects studied by some Greeks and modern thinkers: catharsis, epiphany, and pleasure. In contrast, Chapter III deals with the opposite notion; it identifies profiles and effects of the ugly. At this point we can face the problem of the liberation from ugliness. We concludes that only Beauty can redeem us from the ugly.

Keywords: Beautiful, Passions, Unity, Transcendentals, Aquinas

* juancarlosr@uhemisferios.edu.ec

Profesor de Teoría Fundamental del Derecho en la Universidad de Los Hemisferios (Quito, Ecuador). Director del Máster de Investigación en Derecho, mención Derechos constitucionales, humanos y ambientales en la misma institución. <http://orcid.org/0000-0003-4461-1025>

I. Tras la noción de belleza

1. Un misterio sin resolver

Al menos en una cosa se está de acuerdo desde hace tiempo, en que «lo bello es lo difícil» (Platón, *Hippias Mayor*: 304 e; cfr. *Cratilo*: 384 b). Dostoievski también lo recordaba, justamente en *El idiota*: «es difícil juzgar la belleza; todavía no estoy preparado para ello. La belleza es un enigma» (2001: 118). Ante la belleza todos somos medio idiotas. Estamos ante uno de los grandes misterios humanos. No es un misterio vegetal, ni animal, porque ellos carecen de gusto estético.

Sin embargo, al hablar del tema nos enfrentamos ante una paradoja: lo bello es tan inexplicable como evidente. Quizá lo más evidente sea lo más difícil de explicar: ¿cómo explicamos que el cielo es inmenso, que la soledad entristece, que la tierra impide que caigamos o que el ser existe? Y sobre lo hermoso: ¿por qué la luna es tan bella? ¿por qué las estrellas tan apacibles? Ante el problema de la belleza quizá lo más apropiado es responder con las palabras de un grande de la antigüedad: «si no me lo preguntan lo sé, si me lo preguntan no lo sé» (Agustín de Hipona). Yo no sé lo que es la belleza, pero cuando la veo, sé qué es la belleza.

La belleza existe, querámoslo o no. Basta una prueba científica: mirar a una mujer hermosa o a un cielo que destiñe sus rojos en un lento atardecer. La belleza simplemente nos hechiza y lo aceptamos. No conozco una sola persona que haya rechistado cuando, en las primeras horas de la noche, alguien descubre una enorme luna alzándose por sobre las montañas y dice: “¡qué luna más bella!”. ¿Quién podrá contradecirlo?

Al hablar de la belleza no aparecen escépticos, como sí cuando se habla de la verdad. Hay quienes no creen que la verdad exista, pero no hay quienes rechacen categóricamente lo bello. Es demasiado evidente. En cambio, sí que encontramos millones de relativistas estéticos y de gente confundida. Ya la brujas de Macbeth gritaban «¡lo bello es feo y lo feo es bello!» y Voltaire nos instaba a preguntarle a un sapo cuál era su ideal de belleza: «os responderá que la belleza la encarna la hembra de su especie, con sus hermosos ojos redondos que resaltan de su pequeña cabeza, boca ancha y aplastada, vientre amarillo y dorso oscuro» y el diablo «os dirá que la belleza consiste en un par de cuernos, cuatro garras y una cola». En la modernidad la verdad y la belleza se subjetivaron, perdieron su ancla en la realidad, y hoy domina en el mundo una concepción rebajada de la belleza: cada quien tiene su verdad, cada quien percibe lo bello a su modo... en el fondo no hay Verdad, no hay Belleza, no hay nada absoluto. ¡Una pena el olvido de lo bello!

Se dice, por ejemplo, que una canción es bella para algunos y para otros no. Vale detenerse en el ejemplo. Piénsese en “El gato volador”, en “Soy un chico sin gel” o en cualquier remix estúpido que hayamos escuchado durante nuestra juventud, en medio de amigos, matándonos de risa por lo absurdo de la letra, o en aquella pista medio cursi que se tocó mientras declarábamos el

amor. A la vuelta de los años esas canciones sin duda serán hermosas y volverán a sacar risas. Pero, ¿qué es lo hermoso ahí? ¿“El gato volador” o la amistad? ¿La canción cursi o el amor? Inconscientemente hemos asociado unas notas desatinadas a lo que realmente vale en la vida y por eso las consideramos hermosas.

Estos canturreos se diferencian de la música clásica justamente en su belleza: las melodías de moda no subsisten tres años, mientras lo clásico sobrevive a varias generaciones. Gentes de diversas condiciones descubren la belleza en las notas de los maestros. Antes se distinguían con más nitidez los compositores de los músicos. Los primeros eran casi unos ingenieros matemáticos que aplicaban su ciencia exacta sobre el pentagrama. Los músicos, en cambio, sólo leían lo que otros escribían o tocaban según su buen parecer. Sobre la música hay mucha ciencia. Sucede lo mismo con la pintura, donde se estudia el número áureo, las diversas composiciones, sombras, etc. y hasta con las películas. Considérese cuál es la película que más nos haya gustado y veamos si se cumple en ella las reglas del drama contenidas en la antiquísima *Poética* de Aristóteles. ¿Ya está pensada? Yo mantengo una especial predilección por la primera entrega de *Star Wars*, aunque hoy sus efectos especiales hayan sido ya muy superados. La primera de esas reglas dice que no hay buen drama si el personaje principal no sufre una transformación a lo largo de la narración. ¿No sucede lo mismo con el joven campesino de un planeta desconocido que al final pasa a ser un caballero jedi y luego el salvador del Imperio? ¿Y no pasa lo mismo con el personaje de la película que hayamos pensado? No, la belleza no es pura subjetividad.

2. En busca de la belleza

¿Entonces dónde está la belleza? ¿Dentro de nosotros o fuera? Dentro y fuera. Los modernos enjaularon la belleza en el interior de la persona: cada quien podía tener como bello lo que quisiera, la persona producía lo bello y lo bello quedó reducido al dominio del arte. Gracias a Dios estamos superando los tiempos de prisión. Viene bien, de vez en cuando, echar una mirada al pasado y rescatar los grandes discursos griegos, la historia de las palabras, los pensamientos de los clásicos.

Visitemos por un momento el hiperuranio, el mundo griego de las ideas. Platón relacionó la belleza con el principio de todo cuanto existe: el Bien o el Uno. La belleza no era lo Uno, que se ocultaba, sino que era *su manifestación*. Todavía hoy se piensa que la belleza muestra cosas profundas, misterios insondables que tienen que ver con nuestra propia plenitud. Otra consecuencia es que resulta más fácil plasmar lo bello, que entender el Bien o el Uno. «Si, pues, no podemos captar el bien bajo una sola característica, entendámoslo bajo tres: la belleza, la proporción y la verdad» (Platón, *El Banquete*, Filebo: 64 c-65 a).

Aristóteles cambió el principio universal platónico por el motor inmóvil, eterno acto que movía el universo sin ser movido. «Mueven así lo deseable y lo inteligible —decía—; mueven sin ser movidos. Las primeras manifestaciones de éstos son idénticas. Es apetecible, en efecto, lo que parece bello, y es objeto primario de la voluntad lo que es bello. (...) Lo bello y lo por sí mismo elegible están en la misma serie» (*Metafísica*: XII, 7, 1072a24-1072b1). Para el estagirita la belleza se manifestaba tanto en las cosas perfectas producidas por ese inmenso motor, como en la vida moral del ser humano. Ambas cosas eran bellas, en cuanto deseables e inteligibles. Repárese en esta singular ampliación aristotélica de la belleza que ya no se relaciona sólo con la inteligencia, sino ahora también con la voluntad.

Mil años más tarde se desarrollará la doctrina de los trascendentales y la belleza ampliará aún más sus tentáculos. Si “trascendental” es lo que se predica de todo, y la belleza era un trascendental, todo en definitiva llegó a ser bello, al menos en algún grado. Es evidente que hay cosas más bellas que otras. Esto tiene un profundo aroma a realidad, a lo que vemos tras la ventana. Bajo estas consideraciones, Tomás de Aquino llamará *«bello a aquello cuya sola aprehensión agrada»* (*Summa Th.* I-II, q. 27, a. 1, ad 3). Lo bello es “aquello” que está en la realidad y que yo puedo captar. Está primero tras la ventana y luego en mi interior. Una noche estrellada, un ocaso donde el sol se ahoga lentamente en un ruidoso mar son bellos aunque no los miremos. La belleza es más que mera técnica humana. Mejor que una novela sobre la amistad es tener un amigo, más conmovedora que una pintura triste es la pobreza real, más inspiradora que una estatua ecuestre es la acción heroica del guerrero, más melancólica que una luna al óleo es la Luna de verdad... Si lo representado en las letras, en el óleo o en la mente es bello, más bella es la realidad.

Aunque el discurso general del Aquinate sobre la belleza resulta más intelectualista, en el fondo abre una puerta a todas las dimensiones humanas de lo bello. La belleza está relacionada no sólo a la idea bella platónica que seduce al intelecto, ni con la voluntad que capta lo bueno, sino también con todas las potencias humanas (vista, tacto, gusto, etc.) que pueden resultar satisfechas con lo bello. La belleza implica a todas las cosas y a todo el ser humano.

El Doctor Angélico fue intelectualista porque entendía que podía faltar uno o varios sentidos, pero jamás podía faltar la aprehensión intelectual. Lo bello «va referido al entendimiento, ya que se llama bello a lo que agrada a la vista» (*Summa Theologiae* I, q. 5, a. 4, ad 1). Los cuadros bellos no se oyen, ni las canciones se ven, pero unos y otros son captados como bellos por la inteligencia que se admira y por la voluntad que los ama desinteresadamente. Sea como fuere, hace falta una potencia humana que tienda a algo, un “apetito” que esté connaturalizado con aquello que se recibe. En circunstancias normales nuestros ojos no perciben los rayos ultravioleta ni otros espectros luminosos que las aves captan, ni nuestro oído es capaz de escuchar más de diez octavas

completas (las frecuencias comprendidas entre los 20 y 20.000 Hz). Todo apetito está connaturalizado, tiende hacia un determinado bien, porque *lo bello y el bien son amables a todos* puesto que cada cosa tiene connaturalidad con lo que le es conveniente según su naturaleza» (*Summa Th.* I-II, q. 26, a. 1, ad 3).

Por eso, la mejor síntesis de la noción de belleza la encontramos en la etimología de la palabra *Schönheit* (belleza en alemán). Ella enlaza con *shauen*, que significa “contemplar”. *Shön*, bello, originariamente significa “lo contemplable”, aquello digno de verse¹. Para contemplar son necesarias dos cosas: la existencia extramental de lo bello y la inteligencia que, a través de las potencias, pueda captarlo y deleitarse amorosamente en ello.

3. Lo bello como una promesa

Hemos pasado por la intuición platónica muy deprisa. La belleza no es el principio de todo, no es el Uno, sino que lo manifiesta. En esto se asemeja a la luminosidad de las estrellas, que son tan chiquitas por ser tan grandes y lejanas. Unas pocas estrellas, de las cuatro mil que se divisan en cada hemisferio, puede ser que ya no existan y que hayan muerto mientras su luz viajaba por el espacio sideral durante millones de años hasta nosotros. De hecho se tiene noticia de estrellas que hace dos milenios se veían y ya no existen. La luz manifiesta la belleza de una estrella que ya no existe. Luego, la luz y la belleza son distintas a la estrella, aunque la presuponen.

La belleza siempre es manifestación de algo más profundo y valioso. Le sucede lo mismo que con los demás trascendentales: lo más bello —como lo más veraz y como lo más bueno— tiende a ocultarse en el exceso. Dios es lo más evidente, pero no se le puede ver de frente por su excesiva luminosidad: cuesta verlo directamente, más fácil es ver las cosas que ilumina. La belleza esconde más belleza. Es un pozo sin fondo donde uno se puede sumergir indefinidamente. En esto llevaban razón los modernos, cuando afirmaron que la belleza no puede ser objetivada (v. gr. Kant). Ella es un cuarto de tesoros donde hay que escarbar para sacar los diamantes y no quedarnos con cualquier cosa que brilla. Mal negocio sería quedarse con las flores del heno, que se abren al amanecer y a la noche han fenecido ya.

A la vez, toda belleza es una epifanía: muestra algo y promete más. Lo que no se manifiesta no es bello, carece de luz, es tinieblas. La belleza es una carta abierta, una invitación al infinito. Bien dijo Juan Pablo II que «el arte es, por naturaleza, una especie de llamada al Misterio» (*Carta a los artistas*, nº 10). Quien la contempla entra en éxtasis y en un lento proceso de catarsis, donde la

¹ Cfr. Lotz, voz “Belleza”, en Walter Brugger, *Diccionario de filosofía*, Herder, Barcelona 1972, p. 71. La palabra luego pasó a significar aquello que es luminoso, brillante, resplandeciente, de donde paulatinamente nace el sentido actual.

tarde cae, donde el yo malo va quedando en el pasado mientras atisba un mundo mejor. Solo en la belleza somos libres.

Lo bello tiene que subsistir, llama a la eternidad. Una experiencia mística que nos ha sucedido a todos: los relojes se paran cuando se contempla un *masterpiece* o cualquier cosa de belleza excepcional. ¡Un día pasa como un segundo! Es como si irrumpiera en nuestra vida un fragmento de eternidad donde todo encuentra sentido. Lo bello está en el eterno hoy. La música clásica y las grandes obras de arte subsisten a varias generaciones, porque ante todas muestran su belleza. Lo bello está desligado de los límites de tiempo y de espacio. Schelling decía que «la belleza es lo infinito representado en modo finito». A la final, sin Dios es improbable la belleza. Las flores y las estrellas gritan que Dios existe, y las olas del mar le hacen eco². No es bonita la vida del ateo; es fea, es amarga... una verdadera tragedia donde el protagonista no ha sabido captar lo mejor de este mundo. La belleza para el ateo es una belleza rebajada. En el fondo, le resulta imposible, una mentira y hasta frustra: la belleza es una promesa incumplida de infinito, una mujer bella es un cuerpo para la muerte.

Insisto en la primera idea: nadie puede conocer la Belleza. ¿Quién sabe qué es la belleza en términos absolutos y totales? Sólo Dios sabe lo que es la Belleza. Sólo un Dios puede captar la mayor “graciosa belleza”, sólo un Dios se puede recrear en ella de modo pleno. Para conocer esa celestial y sagrada Belleza haría falta ser una Persona Divina y, desde lo que alcanzo a ver, no parece que lo seamos. Nosotros sólo captamos las chispas de esa Belleza fulgurante, y ni siquiera eso: a lo mucho restalla sobre nuestras pupilas el reflejo del halo de las chispas, y esto es... Nunca nadie ha visto al Ser absoluto. No se puede ver a Dios y no morir. Ese fue el temor de Moisés. Quizá por eso algunos filósofos hayan identificado a la belleza con un halo que se sobrepone a las cosas perfectas.

4. Perfiles de lo bello

La reubicación de la belleza —que pasó de propiedad de ciertas cosas a trascendental de todo ser— trajo pingües beneficios a la filosofía. Le permitió comprender cómo todo ente gozaba de una cierta belleza por el solo hecho de existir —las flores pequeñas también tienen su aroma y su encanto— y cómo lo feo es la ausencia de belleza, de manera análoga a la doctrina del bien y el mal. Además, los trascendentales tienen dos pies: la realidad y el alma, el ser real y la potencia que lo capta, como la inteligencia o la voluntad. Por lo mismo, heredarán las características de ambos extremos.

² La idea se repite y repite en las Escrituras: «de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor» (Sb 13,5), «pues fue el Autor mismo de la belleza quien las creó» (Sb 13,3). Sin embargo, la belleza es más que un tema bíblico.

Las características del ser son su estabilidad, predicabilidad universal, gradación, su manifestación, su unidad e integridad, la misma que tiene cierta cohesión, estructura o armonía. Distintas son las características de las potencias humanas que captan el ser; a ellas nos dedicaremos en el Capítulo II.

Ya hemos hablado algo de la estabilidad cuando dijimos que la belleza nos saca de este movedizo tiempo y espacio, metiéndonos en el eterno hoy. Lo bello se sale de lo ordinario, no es un tema baladí. Un científico se admira hasta de los 21 segundos que a todo mamífero le requiere orinar y mientras se admira los relojes se paran. Una belleza ínfima nos saca ínfimamente del tiempo. Lo bello tiene que permanecer. No se entiende que las maravillas del cosmos y de la humanidad desaparezcan. Hoy las leyes que protegen el ecosistema y el patrimonio cultural, que evitan la extinción de las especies y las grandes obras de arte, llenan bultos y bodegas. Es terrible que a uno le declaren su casa patrimonio de la ciudad. Desde ese momento tendrá que sufrir inspecciones periódicas, quizá conceder alguna servidumbre de paso, pedir permiso para mover la más pequeña pared, no podrá tocar lo más mínimo la fachada... y todo porque lo bello tiene que permanecer. Restricciones análogas las sufrirán los cazadores cuando declaren que su presa está en vías de extinción. Ahí se acabó el deporte. Habrá que buscar otro distinto. Lo bello tiene que permanecer.

La belleza se puede predicar de todo, pero no en el mismo grado. Una gota es bella, un lago también, pero más bello es el mar donde la vista se pierde en lontananza, en un inabarcable horizonte que sugiere lo eterno. «Cada cosa tanto tiene de bondad cuanto tiene de ser» (*Summa Th.* I-II, q. 18, a. 1, co)³. El ser más pleno es el más bello. Más bella es una montaña que una roca, pero montañas existen por doquier en el universo. Más vale una vida, por pequeña que sea, que una mole de hidrógeno explotando exuberante e incesantemente durante miles de años. Y dentro de la vida —definida clásicamente como capacidad de automovimiento—existen diferentes intensidades: la vida vegetativa, la vida animal y la vida humana, porque hay diferentes capacidades de controlar el propio movimiento. Por eso lo más bello es la vida humana, cuyo valor es tan superior «que no hablamos de valor en el hombre, sino de dignidad» (Spaemann, 2000:181). Justamente así nació la palabra “belleza”, de manera inconsciente, en las lenguas romances. El término “belleza” tiene su origen en el latín y proviene de “bella”, adjetivo femenino⁴ que significa

³ Bondad y belleza son dos trascendentales convertibles. De hecho, Yarza extiende expresamente lo dicho a la belleza: «se podría afirmar que el ser es la condición absoluta de todo valor, y también el fundamento objetivo de la belleza. Por cuanto la belleza está ligada a una propiedad trascendental, se tratará siempre de un valor analógico y dinámico. Por esta razón existe una amplísima analogía de la belleza y una inmensa variedad» (2004: 175).

⁴ Como se sabe, lo bello se enuncia en latín *bellus, bella, bellum*. Sin embargo, etimológicamente la belleza (como sustantivo) sólo viene del adjetivo femenino. A su vez, es interesante recalcar que este adjetivo resulta de

graciosa, agradable, buena, bonita. Para el pensador antiguo lo más bello era la mujer (lamentablemente no existían filósofas que matizaran que bellos también éramos los hombres). Lo dicen también miles y miles de obras de arte que celebran la belleza femenina y lo repite Bécquer en sus Rimas: «¿Qué es poesía?, dices mientras clavas / en mi pupila tu pupila azul. / ¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas? / Poesía... eres tú».

Pero, en el fondo, lo más bello no es el sexo femenino o masculino, sino algo más íntimo. Lo más bello es la persona. Emerson decía que «cuando envejecemos, la belleza se convierte en cualidad interior». En la vejez la piel que exhibe a la persona ha desmejorado mucho, pero los años han permitido que en su interior cuajen una serie de virtudes que requieren tiempo para formarse: la delicadeza en el trato, la cultura, la experiencia... Lo más bello es lo más profundo, lo más bello es la persona: la persona es un misterio, pura creatividad, pura libertad... una belleza que siempre ofrece algo nuevo⁵.

Tres características se tienen por clásicas en la belleza: la luminosidad, la armonía y la integridad. La *luminosidad* es lo primero que descubrieron los griegos: la belleza es la manifestación misma de un principio más profundo, es el brillo propio de la verdad que surge resplandeciente en el devenir. La verdad es bella, la belleza es verdadera⁶. Una mentira no es bella. Tomás de Aquino prefirió hablar de “claridad”, porque la luminosidad era una palabra demasiado física, que aplicaba mal a las ideas. Yo a veces prefiero volver a Platón y hablar de “manifestabilidad”. Sea como fuera, nada es bello sin luminosidad, esplendor, claridad o manifestación, porque no puede captarse. Un sonido demasiado bajo, un cuadro de tupidas sombras que ocultan todo, y las demás cosas imperceptibles tienen mermada su belleza y, desde luego, “la nada” nada tiene de belleza. El silencio es bello como interludio, como pausa de una sinfonía, pero una vida muda es fatal. Se valora un silencio pero no la sordera, una sombra pero no las tinieblas.

Igual que la verdad y la bondad, la unidad también es un trascendental que influye notablemente en la belleza. No hay belleza dispersa. Un felino es bello mientras no haya pasado un camión por encima de él y lo haya partido en dos. Un animal vivo y uno muerto pueden tener

la contracción de “benelus”, que es el diminutivo de “bonus, bona, bonum” que alude a lo bueno, lo propicio, lo favorable. Es decir, lo bello está emparentado ontológica y etimológicamente con lo bueno.

⁵ Enlazo aquí con los radicales personales de Leonardo Polo: la coexistencia, la libertad, el conocer y amar, el carácter de además, el dar y aceptar, la intimidad, la irreductibilidad y la novedad. Por lo que decimos, una poliana ha creído encontrar un nuevo radical personal: la belleza. Cfr. González Umeres, 2009: 76-80.

⁶ Los trascendentales convergen entre sí. Se dice que «el amor es bello si es honesto» (Platón, *El banquete*) y que la verdad es bella si es manifiesta. *Ens et verum convertuntur. Verum et bonum convertuntur. Bonum et pulchrum convertuntur*. Lo más bello es lo más verdadero y lo más amable. «Lo bello y el bien son lo mismo porque se fundamentan en lo mismo, la forma. Por eso *se canta al bien por bello*. Pero difieren en la razón. Pues el bien va referido al apetito, ya que es bien lo que todos apetecen. Y así, tiene razón de bien, pues el apetito es como una tendencia a algo. Lo bello, por su parte, va referido al entendimiento, ya que se llama bello a lo que agrada a la vista» (Tomás de Aquino, *Summa Th.* I, 1. 5, a. 4, ad 1).

los mismos órganos y tejidos, pero al segundo le falta la unidad vital. La muerte es tan fea, que hasta es feo acercarse a la muerte: las enfermedades mortales son feas, los comentarios sobre la muerte causan tremenda repulsión cuando falta un horizonte de vida eterna. Las cosas son bellas mientras mayor unidad e integridad tengan, mientras consten todas sus partes de manera perfecta; las acciones son bellas si están bien acabadas o hechas. Un “hombre hecho” es bello porque no le faltan madurez, ideas, ánimos o virtudes necesarias para la vida. Lo bello es lo pleno.

Finalmente, la armonía, la proporción y el orden también son esenciales a lo bello. Largo se extendió San Agustín sobre la relación entre la belleza y el orden, en su diálogo *De ordine* (Cfr. Bibiana 2011: 129-140). La diferencia entre una mujer bella y una mujer fea no es nada más que un centímetro: un centímetro más de nariz, de oreja, de labio, o de lo que sea. Cada cosa en su lugar, a su tiempo, con medida, con mesura, ni más, ni menos. Eso es la belleza. Lo más bello es lo excelente, lo más directamente ordenado al fin último. Nadie muere por salvar un mosquito, y si muriera, daría risa. Las acciones heroicas son excelentes porque buscan alcanzar los grandes fines: la paz, la democracia, la liberación de la tiranía...

II. Fenomenología de la belleza

1. El descubrimiento de lo bello

Resultaría imposible captar lo bello si lo bello no existiese. La belleza es algo más que una pastilla que nos hace sentir bien. La belleza exige que exista el paraíso, algo lleno de esplendor y gracia, algo donde reposar la vista. Pero uno puede ser un infeliz bicho en medio del paraíso, estar rodeado de belleza y no percatarse. Eso es ser vulgar, mediocre, simplón. Chesterton justamente decía que «la mediocridad, posiblemente, consiste en estar delante de la grandeza y no darse cuenta». ¿Cuánta gente aburrida pueblan nuestras ciudades, donde existen bibliotecas llenas de libros espléndidos y de conciertos excepcionales? Hoy hay más gente nunca y jamás ha habido tanta soledad. El infierno puede estar en el cielo⁷: si no se sabe amar la Belleza, la angustia, la repulsión y el odio ahogan el espíritu y lo convierten en un demonio. «La belleza sólo hace feliz a quien sabe amarla», precisaba Hesse.

El descubrimiento de lo bello es un acontecimiento impresionante que requiere de toda nuestra atención. Tal percepción involucra íntegramente al ser humano: a sus sentidos, a su cultura, a sus hábitos y virtudes, a su querer, a su entender y a todo su ser. Un oído sordo es una barrera estética, mientras un oído total es la mejor puerta de entrada al paraíso musical. Sin embargo aún con el oído de Mozart, que a los 14 años pudo escribir el secreto *Miserere* de Gregorio Allegri

⁷ Varios místicos definen el infierno como imposibilidad de amar a un Dios que invita al amor. La idea también ha sido sugerida por Karl Rosenkranz, que define lo feo como «el infierno de lo bello» en su *Estética de lo feo*.

después de escucharlo una sola vez en la Capilla Sixtina, no se captará lo mejor de la música si no educa el gusto estético. Casi todas las personas ven los mismos colores, pero pocos saben apreciar los *masterpieces* de los museos o el arte rupestre. El gusto estético se puede educar. Para saborear el arte abstracto es preciso conocer un código para decodificar la obra. Sino la obra es literalmente una estupidez. Hay que educar el gusto y hay que educar la inteligencia. Muchas estatuas y monumentos simbólicos son absurdos mientras no se decodifica el símbolo. Piénsese en Bebelplatz de Berlín y en su monumento a la quema de libros realizada por las juventudes hitlerianas en 1933: un simple vidrio esmerilado a ras del piso, iluminado desde abajo. Una estupidez, un absurdo, hasta que a uno le explican que abajo hay una biblioteca con largas repisas, vacías de libros, y que el autor quiso expresar que aunque los libros hubieran sido quemados abajo, la luz de las ideas igual se elevaría hacia el cielo. La verdad vencería la barbarie.

La percepción de lo bello nos implica totalmente, pero no en el mismo modo. Sin vista aún resulta posible captar la belleza de una melodía, sin oído aún se pueden ver los atardeceres. Lo que no puede faltar es la inteligencia, ni la verdad. Por eso, ni los animales más perfectos tienen gusto estético. Repitamos con los clásicos que la belleza manifiesta el Uno, el Bien, la Verdad; «en primer lugar debe ser determinada la luz, después lo bello y, finalmente, lo amable» (San Alberto Magno, *Super Dionysium De divinis nominibus*, c. 4, n. 71. *Opera Omnia* 1972). Los más agudos de pensamiento suelen tener una mayor finura estética, al menos para lo que se refiere a su materia de estudio.

Dicho lo dicho, precisamos lo que hay que precisar. Lo bello exige el bien y la verdad, pero no es un conjunto de verdades claras y exactas, ni de bienes materiales, sino que es la manifestación de ello, algo que genera esperanza, que la reclama, porque refleja lo eterno, lo infinito, lo superior, con un reflejo que no nos deja indiferentes, sino que nos cautiva y nos implica totalmente⁸.

2. Efectos de lo bello

Un brochazo sobre la historia de lo bello: los griegos descubrieron el ser y la belleza, los medievales la relacionaron con la inteligencia y la voluntad, los modernos la recluyeron en el yo, los contemporáneos la mataron diluyéndola en la nada. Un simple brochazo que deja un color de fondo sobre el que deben pintarse mil matices, que no pintaremos. Basta ahora afirmar que sí es posible estudiar la belleza dentro del yo, atendiendo a los fenómenos que se producen en el cuerpo, en la inteligencia y la voluntad.

Una de las más espectaculares explicaciones del fenómeno amoroso la da Santo Tomás de Aquino, saliéndose de su tiempo al mostrar una técnica fenomenológica bastante depurada. Nuestra tesis es que cabe aplicar ese mismo discurso al fenómeno de lo bello, porque lo bello tiene

⁸ En este sentido, Yarza, 2004: 181.

un pie en la voluntad. La cuestión aparece en la Suma Teológica (I-II, q. 28), donde se pregunta sobre los efectos del amor. Son seis, responde: la unión, la mutua inhesión, el éxtasis, el celo, la pasión y lo que llamaremos “obnubilación”. Además nos permitimos añadir algunos otros efectos propios de lo bello, que aparecen en los griegos y en los modernos: la catarsis, la esperanza y el deleite. Sigamos, pues, al hilo del espléndido discurso tomista y añadamos unas cuantas letras.

a) La unión

El primer efecto del amor es la unión, afectiva y efectiva. Los afectos arrastran hacia la cercanía real del objeto amado. Por eso hace mucho tiempo dijo Aristófanes que «los amantes desearían hacerse de los dos uno solo» (Tomás de Aquino lo cita a través de Aristóteles, *La Política*, II). No se trata de una unión absoluta en lo material, como la de un acto de antropofagia, porque de ella «resultaría la destrucción de ambos o de uno de ellos», sino que se busca aquella «unión que es conveniente y decorosa, esto es, de suerte que vivan juntos y conversen juntos y estén unidos en otras cosas similares» (*Summa Th.* I-II, q. 28, a. 1, ad 2). Quien se fascina con el *Hijo pródigo* de Rembrandt busca adquirir ese espléndido cuadro, y tenerlo cerca el mayor tiempo posible. Si no se lo venden o la billetera no alcanza, al menos procurará realizar visitas al Hermitage donde cuelga esta obra, para ver de cerca los brochazos y los colores desde diferentes ángulos. Y si ni siquiera puede pagar el boleto aéreo a San Petersburgo, se contentará con ver una copia, o contemplarlo en internet. Pero la pintura no puede estar lejos de la vista, ni estará nunca lejos del corazón.

Es interesante la afirmación tomista de que «el amor es más unitivo que el conocimiento» (*Summa Th.* I-II, q. 28, a. 1, ad 3). Justamente eso sucede con la belleza: a una mujer bella se la ama más de lo que se la entiende, se la ama aunque esté llena de enigmas y su proceder resulte inexplicable. «El amor es ciego», dicen, pero es ciego cuando se encuentra algún tipo de belleza.

b) La mutua inhesión

Llevamos en el corazón, en el recuerdo, en la mente y hasta en la loca fantasía las cosas bellas que tiempo atrás hemos visto: ellas moran en nosotros, hacen de nosotros su patria, y nosotros moramos en ellas. Moramos en ellas, porque «el amante no se contenta con una superficial aprehensión del amado, sino que se esfuerza en escudriñar interiormente cada una de las cosas que pertenecen al amado, y así penetra en su intimidad» (*Summa Th.* I-II, q. 28, a. 2, sol)⁹.

⁹ Incluso en «el amor de concupiscencia no descansa con cualquiera extrínseca o superficial posesión o fruición del amado, sino que busca poseerlo perfectamente, penetrando, por así decirlo, hasta su interior. Mas en el amor de amistad, el amante está en el amado» (*Summa Th.* I-II, q. 28, a. 2, sol). Santo Tomás acota que, «por otra parte, la mutua inhesión en el amor de amistad puede entenderse también de un tercer modo, por vía de reciprocidad de amor, en cuanto que los amigos se aman mutuamente y quieren y obran el bien el uno para el otro» (*ibid.*).

¿Quién que compra un cuadro no dedica tiempo a verlo? ¿Quién al ver su cuadro no descubre en él algo nuevo o que le parece nuevo? Vamos calando, poco a poco, en la belleza. No es fácil de conquistar y probablemente es inexpugnable. La belleza ciertamente tiene sus tiempos.

c) El éxtasis

Piénsese en un lúgubre día lleno de problemas, en una vida llena de sufrimientos, donde de repente se descubre en el cielo una enorme y melancólica Luna que sugiere algo. Al menos por un segundo uno se olvida de sí mientras se indaga el astro, y en esa vista se alcanza el cielo.

Uno padece éxtasis cuando sale de sí. La inteligencia sale de sí «cuando se sitúa fuera del conocimiento que le es propio, bien porque se eleva a un conocimiento superior, como se dice que un hombre está en éxtasis cuando se eleva a comprender algunas cosas que sobrepasan (...); o bien porque se rebaja a cosas inferiores; por ejemplo, cuando uno cae en frenesí o en demencia se dice que padece éxtasis» (*Summa Th.* I-II, q. 28, a. 3, sol). Ya hemos visto cómo la belleza es una promesa, muestra algo pero sugiere más; manifiesta siempre algo más profundo.

Además lo bello es amado, y el amor «hace meditar sobre el amado (...), y la meditación intensa de una cosa aparta la mente de las otras» (*Summa Th.* I-II, q. 28, a. 2, sol). El éxtasis máximo lo produce el amor de amistad y en la contemplación del amante bello, porque quien ama ya no se reserva nada para sí y sólo busca el bien del amado¹⁰. Este amor toca la belleza máxima, toca la gloria. ¿Quién se declara no se siente en la gloria cuando la otra persona acepta?

d) El celo

«El celo, de cualquier modo que se tome, proviene de la intensidad del amor. Porque es evidente que cuanto más intensamente tiende una potencia hacia algo, más fuertemente rechaza también lo que le es contrario e incompatible» (*Summa Th.* I-II, q. 28, a. 4, sol). El Aquinate pone sus ejemplos: los varones guardan celos de sus esposas, porque las quieren sólo para sí y no toleran que tal exclusividad sea vea impedida por la compañía de otros; también se habla del celo por Dios o por el amigo cuando se procura rechazar toda palabra u obra contraria a su bien (*Summa Th.* I-II, q. 28, a. 4, sol). Y lo mismo acaece con las cosas bellas, cuya desaparición no se acepta. Lo bello merece protección, lo bello debe permanecer. Leyes y leyes hay que protegen la belleza de la

¹⁰ Cfr. *Summa Th.* I-II, q. 28, a. 3, sol, donde observa que el éxtasis «lo produce el amor directamente: en absoluto el amor de amistad, y no absolutamente, sino bajo cierto aspecto, el amor de concupiscencia. Pues en el amor de concupiscencia el amante es llevado de algún modo fuera de sí mismo, a saber, en cuanto no contento con gozar del bien que posee, busca disfrutar de algo fuera de sí. Mas porque pretende tener este bien exterior para sí, no sale completamente fuera de sí, sino que tal afección, al fin, se encierra dentro de él mismo».

naturaleza, leyes y leyes que custodian las grandes obras de la humanidad. La humanidad misma cede lo bello. Lo bello es una tarea de todos. Lo bello no puede dejar de existir.

e) La pasión

Lo bello se capta por las potencias que “sufren” la belleza. La vista padece los colores, el oído la música, la inteligencia la verdad, la voluntad el bien. Cada una se adapta a lo bello, y sin esa coadaptación es imposible captarlo¹¹. Además, el Doctor Angélico narra algunos otros efectos que padece quien ama:

«Al amor pueden atribuírsele cuatro efectos próximos, a saber: *la licuefacción o derretimiento, la fruición, el desfallecimiento y el fervor*. Entre los cuales ocupa el primer lugar la licuefacción o derretimiento, que se opone a la congelación. Lo que está congelado, en efecto, es en sí mismo compacto, de manera que no puede ser fácilmente penetrado por otra cosa. Ahora bien, pertenece al amor que el apetito se haga adecuado para recibir el bien que se ama, en cuanto lo amado está en el amante (...). De ahí que la congelación o dureza sea una disposición que se opone al amor. En cambio, la licuefacción o derretimiento importa un reblandecimiento del corazón, que le hace hábil para que en él penetre el bien amado. Luego si lo amado está presente y se lo posee, se produce la delectación o fruición. Mas si está ausente, resultan dos pasiones, a saber: la tristeza por la ausencia, que se indica con el término desfallecimiento (...); y el deseo intenso de alcanzar lo amado, que se designa por el fervor. Y éstos son en verdad los efectos del amor tomado formalmente, según la relación de la potencia apetitiva a su objeto. Pero en la pasión del amor se siguen algunos otros efectos proporcionados a éstos, por razón de la inmutación del órgano» (*Summa Th.* I-II, q. 28, a. 5, ad 1).

Estos mismos efectos, y otros más, los padece quien contempla lo bello. Un bloguero por ahí escribió que «la belleza altera la textura de la realidad»: «mirad a una mujer verdaderamente hermosa o a un árbol majestuoso bajo la luz adecuada ¿No veis acaso que el aire que los rodea cambia?» (Lansky, 2014). La belleza suscita admiración y, cuando es extraordinaria, conmoción.

Lo más resplandeciente es *lo sublime*: aquello de tal grandeza que sobresale por encima del resto. Kant distinguía la belleza de lo sublime: «Lo sublime, conmueve; lo bello, encanta» (Kant, *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*, 1764). «La vista de una montaña cuyas nevadas cimas se alzan sobre las nubes, la descripción de una tempestad furiosa o la pintura del infierno por Milton, producen agrado, pero unido a terror». Distinto es el encanto que nos produce «la contemplación de campiñas floridas, valles con arroyos serpenteantes, cubiertos de rebaños pastando; la descripción del Elíseo o la pintura del cinturón del Venus en Homero», lo que causa una simple sensación agradable, alegre y sonriente. En realidad, lo sublime es una especie de belleza, una “belleza sublimada”. A nosotros lo sublime nos parece sobrehumano, digno de asombro, a menudo inmenso, infinito. Es la mayor apelación a la existencia del Absoluto.

Volvamos a las líneas de *El idiota*, donde el príncipe Myskin había quedado hechizado con una señorita: «usted es una beldad extraordinaria, Aglaja Ivànovna. Es usted tan hermosa que uno

¹¹ El Aquinate explica que «el amor significa una cierta coadaptación de la potencia apetitiva a un bien» (*Summa Th.* I-II, q. 28, a. 5, sol).

tiene miedo de mirarla» (Dostoevskyj, 2001: 118). Las magnas bellezas dejan atónito, sin palabras. El alma se llena de miedo de perder tanta hermosura o de herirla en lo más nimio.

e) La obnubilación

Para la óptica la obnubilación es una enfermedad que hace ver todos los objetos como a través de una nube. Querámoslo o no, todo nuestro actuar está determinado por la visión de las cosas que amamos y de lo que nos parece bello. «El amor mueve el mundo», se dice. Cualquier transeúnte lo aceptaría, pensando en quién sabe qué. Tomás de Aquino lo afirmaba en un sentido muy preciso: «todo agente obra por algún fin (...). Ahora bien, el fin es para cada uno el bien deseado y amado. Luego es evidente que todo agente, cualquiera que sea, ejecuta todas sus acciones por amor» (*Summa Th.* I-II, q. 28, a. 6, sol). Aristóteles lo decía casi con las mismas palabras, pero mencionando lo bello: «es apetecible, en efecto, lo que parece bello, y es objeto primario de la voluntad lo que es bello»; luego puntualizaba que «lo bello y lo por sí mismo elegible están en la misma serie» (Aristóteles, *Metafísica*: XII, 7, 1072a24-1072b1). Así, pues, todo en este mundo se hace por lo bello. «La belleza mueve el mundo».

La belleza es fin último, vale por sí misma, se busca por sí misma. No admite ser instrumentalizada. «Lo bello es lo por sí mismo preferible» (Aristóteles, *Rethorica*: 1364b 25), «lo que nos capta por su propio valor y nos atrae por su dignidad» (Tomás de Aquino, In *X Ethic.*, lect. IX). Las cosas bellas no sirven para nada. Un cuadro no sirve para nada, sino para embellecer. La belleza se busca por la belleza y para nada más. La belleza es gloria. Si la vida no tuviera por fin la Belleza, sería despreciable.

f) Transformación y catarsis

La belleza transforma el mundo y nos transforma. «El acto de amar transforma lo bueno y lo verdadero en hermoso: al afirmar algo amorosamente, al decirle: «¡es bueno que existas!», lo amado se transforma ante nosotros y empieza a brillar, su existencia se justifica por sí misma» (Yepes y Aranguren, 2001: 152).

A la vez, lo bello no nos deja indiferentes. Lo bello suscita múltiples cosas: admiración, conmoción, conocimiento, reflexión... y, finalmente, purificación. Platón era antitrágico: no le gustaban las tragedias, las veía como puro engaño. En cambio a Aristóteles sí le gustaba el teatro, la poesía y la música. Entendía que los espectadores podían verse reflejados en la trama y así aclarar, iluminar y elevar sus propias pasiones. Para él la poesía causaba catarsis, y la catarsis hacía que

nuestros sentimientos estén donde deben estar¹². Recordemos que la catarsis era la piedra de toque de la poética. «La catarsis no consiste en un simple estado emocional sino en una *descarga* emocional que libera al que sufre de la desmesura de la pasión, de tal modo que el ánimo recobra el equilibrio o medida necesario para la acción» (Labrada, 1990: 179).

Creo yo que hay dos tipos de catarsis: una consciente y otra inconsciente. La primera necesita de reflexión. Chesterton decía que los cuentos de hadas eran más que ciertos, no porque nos digan que existen los dragones, sino porque nos explican que los dragones se pueden vencer. Pero para llegar a esas conclusiones que cambian la vida hace falta meditar en las hadas y en los dragones. Además hay una catarsis inconsciente que se produce, por ejemplo, al ver una buena película: nos hace llorar nuestras penas, sonreírle a la vida, mejorar actitudes, o simplemente nos permite desconectarnos por un par de horas del trajín de la semana. Hasta ese ocasional desconectarse resulta psicológicamente saludable.

g) Epifanía y esperanza

Lo bello también deja mella en la inteligencia, que conoce más, que conoce mejor, que conoce con esperanza. *Conoce más* porque la contemplación permite al sujeto reconocer lo conocido bajo una nueva dimensión, la dimensión de la belleza. La verdad es bella. *Conoce mejor* por su carácter epifánico: las obras bellas muestran en un instante lo que muchos tratados tardarían en mostrar. Más que una descripción científica, e incluso más que una fotografía, un buen retrato puede expresar en un golpe de vista el carácter y talante del retratado. Recuérdese el «*tropo vero, Velázquez, tropo vero*» de Inocencio X cuando vio su retrato. Una novela ficción puede mostrar, de manera más directa e inmediata, muchas verdades sobre el hombre y la sociedad que lo que harían cien páginas de un tratado de antropología o de ética.

Conoce con esperanza porque, como vimos, la belleza no manifiesta toda la verdad de manera exacta y precisa, sino un poco difuminada. Sugiere, más que describe; promete, más que detalla. Es un abre bocas previo a los platos fuertes, que nos permite admirar lo que aún no vemos, disfrutar lo que aún no gozamos.

h) El placer o deleite

¹² Actualmente existe un interesante debate sobre el significado de la catarsis en Aristóteles. Algunas interpretaciones populares, centradas en la Política VIII 7.1342a4–16, entienden que para Aristóteles la catarsis trágica es buena solo para la curación de personas que sufren brotes histéricos de emociones. Una nueva visión, reconstruida con el estudio de otras obras de Estagirita (Sobre los poetas, La Poética, Ética, etc.) sugiere que para este filósofo la catarsis resulta positiva para la educación de personas sanas. Véase la introducción de Janko (1987), en *Poetics of Aristotle*.

Finalmente, todos los autores coinciden en que la belleza causa deleite. La belleza por definición es agradable. Todas las potencias se recrean en lo bello: la inteligencia conociéndolo, la voluntad amándolo, la vista viéndolo, el oído escuchándolo... Pero «sólo el hombre se deleita en la belleza del orden sensible por la belleza misma» (*Summa Th.* I, q. 91, a. 3, ad 3), porque sólo el hombre tiene inteligencia para contemplar. Un perro no puede contemplar un hueso, sino morderlo y destrozarlo. La belleza tiene algo de divino y sólo quienes tienen la imagen divina pueden contemplarla.

El placer nace de la acabada perfección de lo bello y de su contemplación. En la belleza el hombre compenetra sus fuerzas anímicas, alcanza un estado excelso de ser. Cuando la belleza es sublime, el éxtasis es máximo: sale de sí para alcanzar lo sobrehumano, lo que produce asombro. Por eso ahí el placer va mezclado con admiración, respeto y estremecimiento.

III. Fenomenología de lo feo

1. Lo feo y lo horrible

Lo feo existe. Es demasiado evidente. Hay cosas abominables en la historia, hay horrores mitológicos, hay crueldades inenarrables: Saturno cuando devora a su hijo, Agamenón al sacrificar a su hija Ifigenia, Edipo y su parricidio... Lo feo se encarna en gorgonas, esfinges, medusas, arpías, cíclopes, centauros, hidras... y también en nuestra propia vida. Uno se mira al espejo y, a menos que seamos argentinos, encontramos defectos. Además, lo feo está a la vuelta de la esquina. Salimos a la calle y descubrimos mil espantos: basura tirada, insultos, atropellos... No nos podemos librar de lo feo ni siquiera en el museo, donde junto a admirables obras de arte encontramos pinturas que espantan, que no deberían colgarse. ¡Cuántas canciones hay que no merecen cantarse!

Esto nos consta, pero es difícil de explicar. Si la belleza es trascendental, si se predica de todo cuanto existe, ¿cómo puede darse lo feo? La respuesta es la misma dada al problema del bien y del mal: el mal es la ausencia de bien, lo feo es la ausencia de belleza. Así se pintan los monstruos: se escoge lo más entrañable —lo humano, la niñez— y se los plasma sin brazos, sin salud, sin ojos, sin lengua... se cercena lo bello para crear el horror. Si la belleza es íntegra, luminosa y armónica, la fealdad es lo contrario: una res descuartizada, un diamante roto, las tinieblas, un discurso contradictorio, un centímetro de más o de menos de nariz, de orejas, de frente o de cejas.

Todas las cosas del siglo poseen una cierta bondad, una cierta belleza y un cierto defecto. Hasta los demonios son bellos, en cuanto ángeles: poseen una singular inteligencia que cualquier humano envidiaría. La literatura está plagada de héroes horripilantes que nos roban el corazón (Eco, 2004). ¿Quién no prefiere a la tierna bestia frente al príncipe de *La bella y la bestia*? ¿Al

desfigurado espectro de *El fantasma de la ópera* frente al relamido Raúl? Y asimismo encontramos belleza en un hombre de palo llamado Pinocho, en el encorvado Quasimodo, y en tantos otros desdichados con buen corazón. Parece que en este mundo no hay alegría sin pena, belleza sin fealdad. Todo puede mejorarse. Es la eterna queja de esta vida y, al mismo tiempo, la eterna esperanza: todo puede ser mejor.

Lo feo no es “la nada”, ni lo ínfimo, sino *lo que debía ser bello*. Un grano de arena ninguna promesa ofrece. No es feo, es bello. El espacio sideral, ese enigmático vacío que colma el espacio entre los astros tampoco lo es. En cambio una jornada de paseo donde se desatan las nubes, una luna de miel que se convierte en hiel, o un matrimonio que fracasa, eso sí que es feo. Lo feo no tiene sentido, pies, ni cabeza.

Lo feo nace cuando se destruye lo bello. No hay derecho para degradar lo bello. La degradación de lo más bello es lo más injusto. Todos los bombardeos de la Segunda Guerra mundial son muy cuestionables, pero resulta terriblemente absurdo el bombardeo de la más preciada biblioteca de la época, el Convento de Monte Cassino, donde se custodiaba una gran cantidad de obras incunables y de letras magníficas de la antigüedad. La fealdad también nace cuando se incumple la promesa de plenitud, de éxtasis, de belleza, cuando los afectos se estiran hacia lo arduo o, peor aún, hacia lo imposible, hacia lo que jamás será. No se llora la muerte de un mosquito, sino la del ser querido. También se llora no estar a la altura y en el fondo esa es la queja del amor no correspondido: “el problema es que tú eres demasiado bella y yo no”. En general el amante siempre se siente pequeño ante el amor.

Lo más más feo es lo horrible. Lo más horrible es la caída de lo más majestuoso, la ofensa a lo infinito. *Corruptio optimi pessima est*, dice la filosofía. La corrupción de lo mejor es lo peor. No da igual que se pudra un racimo de uvas, que un brazo, que una empresa, que una familia. Los mayores dolores no son los económicos, sino los familiares. En definitiva, la fealdad ontológica más horripilante es la del Dragón y su pecado, aquella Luz bella que relució en el firmamento, aquel lucero al que se lo vio caer de lo alto como un rayo (Cfr. *Lc X*, 18), arrastrando la tercera parte de las estrellas (Cfr. *Ap 12*, 4-9). Se trata de la más bella creatura que falló¹³. Estaba llamado a lo alto, a lo muy alto, y se desplomó. ¿Quién encuentra razón en aquella conducta? Nadie. ¿Qué logró? Nada. Un atroz sinsentido, la mayor fealdad.

2. La vida en el infierno

¹³ Ciertamente fueron creados otros espíritus más bellos que no fallaron, pero, el más bello que renegó de la Belleza fue Lucifer.

Al menos en principio, si lo feo es lo opuesto de lo bello, también sus efectos lo serán. Recordemos que la belleza unía, causaba la mutua inhesión, el éxtasis, el celo, las pasiones nobles, la obnubilación, una esperanza y una catarsis que elevaban junto a un gran placer. En cambio, directamente nadie quiere unirse con una persona horripilante, vivir en la basura, estar poseído de mil demonios. Lejos de unir, lo feo causa asco, repulsión; uno salta hacia atrás, se aleja de las imágenes terroríficas, abandona las villas con fantasmas.

Lo feo no causa esperanza, sino que hunde al hombre, lo oprime. No lo deja salir de sí. Los grandes dolores y las cosas más feas impiden pensar en otra cosa, aceleran el corazón, estremecen. No hay éxtasis, sino amarga reclusión en el ego, clausura de la persona. La fealdad ata al hombre, lo esclaviza. No lo ata de manos, sino de oídos, de vista y de proyectos. Le quita esperanza. Las cosas feas hunden el espíritu, lo ahogan. Una sociedad sin belleza mata la inocencia de los niños, el sentido gracioso de la vida y hasta las mismas ganas de vivir. Ya lo entrevió Rousseau: «quitad de los corazones el amor por lo bello, y habréis quitado todo el encanto a la vida». Un rostro por donde hace tiempo no ha paseado una sonrisa refleja un alma sin sentido estético, una vida aburrida donde lo gracioso y bello no tienen cabida.

La mutua inhesión se evita. La gente busca olvidar los acontecimientos terribles, aunque rara vez lo consiguen. Tratan de ahogarlos, recurriendo a todo género de distracciones, incluso al alcohol y a las drogas. Muchos vicios nacen con ocasión de las penas, de lo insoportable de esta vida. Hasta Nietzsche veía a lo feo «como señal y síntoma de degeneración».

Lo feo no causa placer, ni pasiones nobles, sino sufrimiento y odio. Por eso no se cela lo feo. Lo feo debe ser bombardeado, destrozado, desterrado al infierno y, si se puede, aniquilado de una vez por todas. Tampoco hay epifanía que inspire verdades, ni catarsis que eleve. Al contrario: si toda musa inspira más belleza, todo demonio inspira más terror. La belleza sublime eleva, rompe con el tiempo metiéndonos fugazmente en la eternidad; lo horripilante es insoportable, un segundo se vuelve un año de sufrimiento, un año un centenar. No en vano Tomás de Aquino definía al infierno como «tiempo indefinido» y al cielo como «eternidad».

Finalmente, nada se hace por lo feo. Como dijimos, todo se hace por amor. ¿Cómo, entonces, se explica el pecado, las acciones feas y los crímenes de lesa humanidad? La respuesta consta incoada en *El banquete* de Platón, donde Sócrates manifiesta que Eros es un «demonio» porque no es bello y bueno como los dioses, sino que media entre los dioses y los hombres haciéndolos amar la belleza del cuerpo. Pero ha de amarse no solo la belleza del cuerpo, sino principalmente la del alma. El diálogo cierra con la bulliciosa entrada del ebrio Alcibíades, que critica a Sócrates por su templanza. Y, en efecto, a menudo el «demonio de la belleza» hechiza al hombre de carne y hueso, que termina sacrificándolo todo a esta deidad menor; embriagado con

belleza menores que le muestra el demonio, cegado con modestas luces, olvida las cosas más elevadas y esplendorosas. Es difícil evitar que el demonio nos enrede con parvas hermosuras¹⁴. Pero las bellezas menores son fugaces y decepcionan porque prometen mucho y entregan poco. De ahí la tristeza abismal, por ejemplo, de la cultura griega¹⁵.

Nadie busca lo feo por lo feo, sino porque ve algo bello detrás. Al descubrir que la belleza era sólo aparente o que se perdió lo más bello, entonces se entristecerá. Así actúa el «demonio de la belleza» con sus víctimas: pone en las trampas carnadas apetitosas, manjares bellos a los ojos de la pretendida presa, para poder devorarlas cuando caigan. Si de frente les mostrara la muerte jamás cazaría nada.

3. La redención de lo feo

Solo la belleza nos puede redimir. Un salivazo del opresor, un insulto ignominioso, un cruel trabajo que dobla la espalda se transforman en bellos, en bellísimos, cuando se soportan por mantener a unos hijos hambrientos. El trabajador se ennoblece y ennoblece la acción fea. Al sinsentido de lo feo se le puede dotar de sentido. Se comienza con una flor. En el desierto cualquier flor es una promesa. Pero luego hay que ahogar lo feo en abundancia de belleza.

Hubo un tiempo en que pensé que un poema de amor se escribía con cien palabras bonitas y una flor. Erraba cuando pensaba que podían conquistarse amores con letras y poemas, a lo Cyrano de Bergerac. Estaba equivocado y lo sé. Un poema de amor, más bien, son los clavos en las manos, la mirada bañada en sangre, la espalda horadada, reventada por amor. Un poema de amor es una corona de espinas engastada en la frente, es la cruz, es la muerte. Un poema de amor es ese anchuroso camino que se abrió con la fiera lanza en el pecho. Por ello, lo sé, las letras no hacen poemas, sino la vida cuando hay dolor, dolor de amor. Si se quiere escribir un poema de amor, de verdadero amor, ha de escribirse con la tinta de los días, en la hoja de la vida. La cruz era lo más feo para un romano, pero Dios la convirtió en un poema de amor. Solo la Belleza nos puede redimir de nuestras fealdades. Si no existiera, no habría posibilidad de redención.

Sin embargo, no nos basta que exista la Belleza. Como dijimos, uno puede ser un bicho en el paraíso. Estamos abocados a lo hermoso, pero hace falta espíritu guerrero. La belleza no es fácil

¹⁴ Agustín lo confesaba: «Mas los creadores y los ardientes seguidores de las bellezas externas sacan de la belleza suprema las normas de la apreciación de lo bello, pero no el justo modo de usar de esas bellezas. Ahí está la norma, pero ellos no la ven; pues si la vieran no irían más lejos y guardarían su potencia para ti (Salmos 58,10) en vez de dilapidarla en enervantes delicias. Y yo, que tales verdades puedo ver y discernir, no dejo por ello de enredar mis pies en los lazos de esas hermosuras» (*Confesiones*, cap. XXXIV).

¹⁵ Lotz, voz “Belleza”, en Walter Brugger, *Diccionario de filosofía*, Herder, Barcelona 1972, p. 73, donde añade que «si el hombre no se dejara seducir por este “demonio” percibirá la belleza como un reflejo del más allá, de la absoluta perfección de Dios y de sus ideas creadoras. Por eso el corazón, ebrio de belleza, sube de la belleza fragmentaria de este mundo a la belleza primitiva pura».

de conquistar. Es necesario educar el gusto por lo bello, luchar contra nuestras fealdades y contra los dragones feos de la vida. Siempre que quiera la persona podrá sacar belleza de dentro. Mala cosa si perdemos la capacidad de reírnos de nuestros defectos: habríamos perdido la capacidad de querer embellecernos y de embellecer este valle de lágrimas. En cualquier caso, si la Belleza existe, vale la pena darlo todo por ella. Dijimos que la belleza era “gloria”. ¡Por la gloria todo! Apostemos todo por ella. Sacrifiquemos a la Belleza toda belleza demoniaca. ¡Todo por lo Bello! ¡Todo por lo eterno! La belleza debe embriagarnos, obnubilarnos... le hemos de dar alma, vida y corazón.

Y aquí termina el discurso filosófico y ha de comenzar la teología de lo bello¹⁶.

IV. Conclusiones

1. Es difícil definir la belleza, pero existe y nos consta. Permanece como un misterio sin resolver. A la vez, la belleza se presenta como una promesa de infinito.

2. Si el infinito no existiese, la belleza sería uno de los fraudes más grandes de la humanidad. Pero creemos que la Belleza existe y que puede colmar al ser humano.

3. Lo bello causa en la persona lo siguiente: la unión, la mutua inhesión, el éxtasis, el celo, la pasión, la obnubilación, la transformación catárquica, la epifanía esperanzadora, junto a un singular placer o deleite.

4. En propiedad, lo feo no es la “nada”, ni lo despreciable, sino algo que se esperaba que sea bello y no lo fue. Lo más feo es lo horrible: algo que se esperaba que fuera lo más alto, y cayó.

5. Lo feo también existe y causa los efectos contrarios. Por ejemplo, lo feo no causa esperanza sino hundimiento y depresión, nunca causa unidad sino división. Rome toda mutua inhesión, no causa placer, ni pasiones nobles, sino odio y sufrimiento. Nada se hace en busca de lo feo (como dijimos, todo se hace por amor). Cuando hablamos de lo feo, parece que hablamos de la noción tradicional de infierno.

5. Sólo la Belleza es capaz de liberarnos de lo feo. Por tanto, postulamos que vale apostar todo por la Belleza. Pero este postulado abre otro discurso, con otra metodología, pues encontramos aquí ese tipo de «razones que la razón no conoce» (Pascal). En este punto, la teología tiene la palabra.

¹⁶ Varias de las ideas aquí expuestas tienen su paralelo en documentos espirituales o teológicos. Por ejemplo, San Josemaría decía «el Amor... bien vale un amor!» (Camino, 2016: punto 171); «Tarea del cristiano: ahogar el mal en abundancia de bien» (Surco, 2014: punto 864); «“Deo omnis gloria”. Para Dios toda la gloria» (Camino, 2016: punto 780); «Si la vida no tuviera por fin dar gloria a Dios, sería despreciable, más aún: aborrecible» (Camino, 2016: punto 783). Por la conversión que hay entre los trascendentales —de la que hablamos en la nota 15— cabe sustituir amor o verdad por belleza; además una sustitución semejante puede hacerse de la noción de “gloria”. De ahí que quepa una lectura “bella” de Camino, Surco, Forja y de otras obras de espiritualidad. Pero este cometido rebasa la tarea que aquí nos hemos propuesto.

Bibliografía:

- Agustín de Hipona (2015). *Confesiones*. Madrid: Verbum D.L.
- Alberto Magno (1972). *Super Dionysium De divinis nominibus*. En *Opera Omnia* 37.1. Editio Coloniensis. Münster: Ed. P. Simon.
- Aristóteles (2012). *Metafísica*. Trad. de V. García Yebra. Madrid: Gredos.
- Aristóteles (1994). *Retórica*. Trad. de Q. Racionero. Madrid: Gredos.
- Dostoievski, Fedor (2001). *El Idiota*. Madrid: Alianza.
- Eco, Humberto (2004). *Historia de la belleza*. Barcelona: Lumen.
- Escrivá de Balaguer, Josemaría (2016). *Camino*. Madrid: Rialp.
- Escrivá de Balaguer, Josemaría (2014). *Surco*. Ciudad de México: Minos Tercer Milenio.
- González Umeres, Luz (2009). ¿Es lo bello un trascendental personal? *Persona: revista iberoamericana de personalismo comunitario* 11: 76-80.
- Janko, Richard (1987). *Aristotle, Poetics I*. Indianapolis/Cambridge: Hackett Publishing Company.
- Juan Pablo II (2014). *Carta a los artistas*. Madrid: Editorial Ciudad Nueva D.L.
- Kant, Immanuel (1764). *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*. Kongsbey.
- Labrada, María A. (1990). *Belleza y racionalidad: Kant y Hegel*, Pamplona: Eunsa.
- Lansky (2014). “¿Belleza? ¿Traición u olvido?”. Blog *Periquitos muertos* (Consultado el 2 de diciembre de 2015 desde <<http://www.lansky-al-habla.com/2014/12/belleza-traicion-u-olvido.html>>).
- Lotz, voz “Belleza”, en Walter Brugger, *Diccionario de filosofía*, Herder, Barcelona 1972.
- Platón (1973). *Cratilo*. En Ramón Pérez de Ayala (ed.), *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- Platón (1973). *El Banquete*. En Ramón Pérez de Ayala (ed.), *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- Platón (1973). *Hípías Mayor*. En Ramón Pérez de Ayala (ed.), *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- Rosenkranz, Karl (1992). *Estética de lo feo*. Madrid: Julio Ollero.
- Spaemann, Robert (2000). *Personas. Acerca de la distinción entre “algo” y “alguien”*. Trad. J. L. del Barco. Eunsa: Pamplona.
- Tomas De Aquino (1265-1272). *Suma Teológica*. París-Italia. Trad. al castellano de AA.VV. (2001). *Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino*, 4ª ed. Madrid: BAC.
- Unger Parral, Bibiana (2011). De ordine. La búsqueda de la belleza. *Universitas Philosophica* 56 (1), año 28: 129-140.
- Yarza, Ignacio (2004). *Introducción a la estética*. Eunsa: Pamplona.
- Yepes Stork, Ricardo y Aranguren Echevarría, Javier (2001). *Fundamentos de Antropología*, 5ª ed. Pamplona: EUNSA.